

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III  
NUM. 110

40 Cents.

27 MARZO  
1927





# PINOCHO

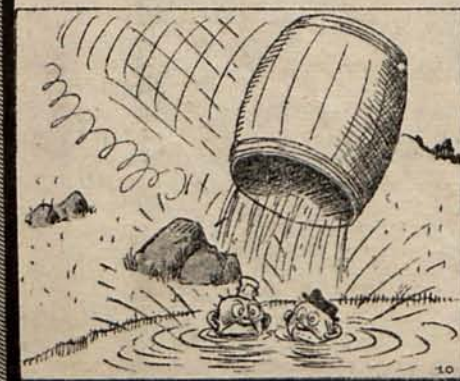
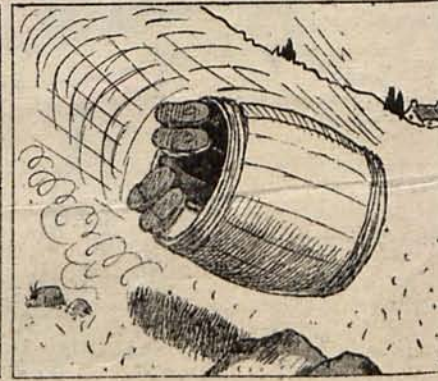
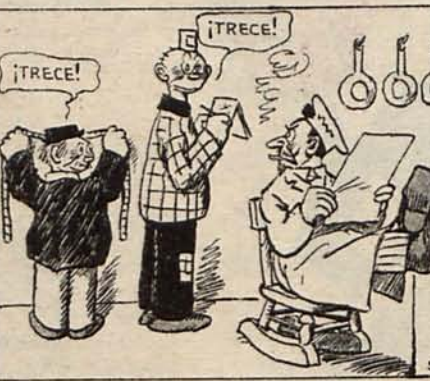
SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



HABITANTES  
ANTELUVIA-  
NOS.



## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





**PROGRAMA  
PARA HOY**

**LA COPA  
DEL  
CAMPEONATO**

*Sensacional*



**Una llamada de socorro.**



El jinete de la policía montada Tom Terry iba cabalgando en su fiel caballo blanco Fleet Away, contemplando el cielo azul y diciendo para sí: «Me parece que se presenta una buena tarde para el campeonato; si la suerte me acompaña y no tengo servicio, lo presenciare. Si Jack Andrews juega, como siempre, de centro delantero, es de esperar que gane Shefford».

Aquella tarde era grande el entusiasmo en Shefford, porque se jugaba la copa final de la liga local, y a Tom, que era un entusiasta partidario del Club Deportivo de Shefford, le preocupaba la suerte que iba a correr el Club.

Sumido en estos pensamientos estaba, cuando vio venir hacia él un muchacho montado en bicicleta, y, según se iba acercando, ilumináronse los ojos al reconocer en él a Jack Andrews, el centro delantero del equipo de Shefford. Como le conocía mucho, tiró de las riendas a Fleet Away, mientras Jack, a su vez, acortaba la marcha y se detenía con un pie en el suelo.

—¿Haciendo un poco de ejercicio, eh, Jack?

—Sí; voy a dar un paseo de varios kilómetros, que no hay nada como andar en bicicleta para estirar las piernas. Además, quiero probar unas palomas mensajeras. E indicó una pequeña cesta que llevaba atada a la espalda.

—¡Ah! ¡Es verdad! Recuerdo que siempre fuiste muy aficionado a criar palomas mensajeras. ¿Vas a soltarlas desde el páramo?

—Eso pienso. Creo que esta tarde va a acudir mucha gente al match.

—Seguramente. Y ten tú mucho cuidado, Jack, porque el triunfo depende en gran parte de ti.

—Descuida, que, si la suerte me ayuda, por mí no hay nada que temer.

—Así lo espera todo el mundo. Bueno, por si no te veo más, que tengas mucha suerte.

—Gracias, amigo Terry.

Y cada uno de ellos siguió andando en diferente dirección.

Media hora más tarde, llegaba Tom a la Jefatura de policía, y después de dar un cepillón y un pienso al caballo, fué él a su departamento a asearse y a comer; luego volvió otra vez a las caballerizas a limpiar los arreos de Fleet Away para salir a hacer la ronda. Estando ocupado en esto, entró el inspector Spear, que le dijo:

—He creído conveniente designarle a usted para ir al campo de fútbol, pues va a congregarse allí mucha gente para el campeonato final, y, aunque es de esperar que reine el más completo orden, conviene que esté usted allí por si ocurriera algún accidente.

—Está bien, jefe; iré para allá en cuanto ensille el caballo.

—Sí; vaya usted, vaya usted, y que disfrute mucho del partido.

—¡Es una buena persona este inspector! —se dijo Tom—. De sobra sabe que no tendré nada que hacer allí más que presenciar el juego.

Y silbando alegremente, Tom terminó de limpiar los arreos, dejándolos, así como el correa suyo, como nuevos. Cuando salió cabalgando era

la personificación de la elegancia, y más de un transeúnte se volvía para mirarlo. Como el campo de fútbol quedaba en las afueras de la población, el policía buscó una carretera poco transitada para ir allá, y al poco rato de ir por ella vio venir corriendo a un chico que traía un papel en la mano. Tom reconoció en él a Fred Andrews, hermano del centro delantero, y observó que venía muy agitado.

—¡Guardia, guardia! —gritó el chico al divisar a Tom.

—¿Qué te sucede, hijo mío?

—Que iba corriendo a buscar un policía o a alguien que pueda venir en nuestra ayuda, y me alegro mucho de encontrarle a usted, porque tememos que le haya ocurrido alguna desgracia a Jack.

—¡No lo quiera Dios, hombre! Dime lo que ha sucedido, porque a tu hermano lo encontré yo esta mañana en bicicleta y me dijo que iba al páramo a soltar un par de palomas.

—Y así es; pero una de ellas acaba de llegar a casa, trayendo este mensaje de Jack.

Y el chico alargó a Tom un pedacito pequeño de papel.

Tom, que estaba asombrado, leyó lo que sigue: «He caído al pozo de una mina abandonada, cerca de La Roca del Monje, y no puedo salir. Venid a buscarme, Jack.»

—¡Y lo esperan esta tarde para jugar! —balbuceó Tom.

—¿Qué podríamos hacer? —exclamó Fred—. La paloma acaba de llegar ahora mismo; si yo supiera dónde está ese sitio, iría en seguida a sacarlo.

—Pero, aunque tú no lo sepas, lo sé yo, y voy allá a todo galope. Entretanto, lleva el papel a la Jefatura y se lo entregas al inspector; le dices que ya he ido yo y que haré los posibles por sacarlo del pozo.

Tom sacudió las riendas, y el intrépido caballo se inclinó hacia adelante y la emprendió a correr velozmente.

Después de recorrer una distancia de diez kilómetros por la carretera, Tom le hizo acortar el paso y se metió por un camino de carro muy accidentado que se internaba en la parte más agreste del páramo. Al cabo de dos kilómetros dió vista el policía a un peñón de forma extraña, conocido por La Roca del Monje. Apeóse al llegar a ella, y echó a andar cautelosamente, seguido de su fiel caballo. De pronto se detuvo, pues acababa de ver tirada entre el brezo una bicicleta, que supuso sería la de Jack Andrews. Unos metros más allá encontró un agujero circular hecho en el suelo, por encima del cual sobresalían los cuadros de madera de la entibación. Era un pozo de ventilación que llevaba muchos años abandonado.

Tenía los bordes cubiertos de maleza, pero por un lado la maleza estaba arrancada, demostrando que alguien se había agarrado allí para no caer.

—¡Jack, Jack! ¿Estás ahí? —gritó el policía.

Pero, aunque se quedó esperando por la respuesta, ninguno llegó a sus oídos. Entonces cogió la cuerda que siempre llevaba arrollada a la silla del caballo; ató un extremo a la silla y arrojó el otro por el pozo abajo.

—¡Firme, Fleet Away! —gritó.

Y el caballo se puso todo lo quieto que pudo. En seguida Tom empezó a deslizarse por la cuerda hasta tocar con los pies en el terreno blando de la mina. Encendió la lámpara eléctrica y vio que se hallaba en un túnel que parecía no tener fin. Echó a andar por él, y un poco más lejos vio aparecer una mancha de luz que venía en dirección opuesta y que era portada por un hombre. Este se inclinó para atar una bota. Llevaba un traje gris a

**YA QUEDA POCO TIEMPO**

Si quieres entrar en el GRAN SORTEO, apresúrate. Para entrar en el TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A LOS SUSCRITORES (Primer premio: Una magnífica bicicleta; segundo, una estupenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de abril de 1927.





cuadros, que Tom reconoció ser el mismo que Jack llevaba por la mañana, y corrió hacia él con cara sonriente.

—¡Jack, Jack! ¿Estás aquí?

Al oír estas palabras, el individuo se volvió; pero el policía pudo ver que, aunque llevaba el traje de Jack, no era él. Aquel individuo tenía la cara hosca y los ojos pequeños y penetrantes.

Miró fijamente a Tom y exclamó: «¡Un policía!», al mismo tiempo que le daba un golpe en la cabeza.

### La mina inundada.



EMPEÑÁRONSE los dos en una reñida lucha, en la que Tom llevaba la mejor parte, hasta que el desconocido le hizo caer de espaldas.

Cuando Tom volvió en sí, tardó algunos minutos en darse cuenta de por qué estaba allí.

Púsose en pie con gran esfuerzo y miró a su alrededor en busca de su contrario, pero se encontró solo. Había que adivinar quién era el individuo que le atacó; cómo se había apoderado de la ropa de Jack y, principalmente, dónde se hallaba éste. Afortunadamente, la lámpara eléctrica no había sufrido deterioro alguno, y alumbrándose con ella continuó andando por la galería. Por el camino no pudo menos de observar la gran cantidad de agua que se filtraba por las paredes; por algunos sitios tenía que andar metido en el agua hasta el tobillo.

Después de un buen rato llegó a un crucero donde se encontraban varias galerías. De un boquete que había en una de las paredes salió una exclamación ahogada que le hizo acudir allá. Y en aquel boquete, atado con tiras de tela y amordazado, yacía Jack Andrews en ropas menores. Tom se apresuró a levantar al muchacho; debajo de él estaba tirado un traje de presidiario, cuya chaqueta había sido hecha trizas para hacer las ligaduras de Jack.

—¿Qué te sucede, Jack, hijo mío? ¿En qué aventura te has metido?

—¡Ha sido horrible, Tom! ¡Gracias a Dios que ha venido usted en mi auxilio!

—La paloma fué la que nos llevó la noticia.

Jack explicó lo sucedido. Había caído en el pozo de ventilación, y al ver que no tenía medio de salir mandó a la paloma con el mensaje; apenas había hecho esto, un presidiario —sin duda refugiado allí— que venía corriendo por la galería había saltado sobre él, derribándolo al suelo y despojándole de las ropas mientras Jack estaba medio atontado por la caída; después, sacando tiras de tela de su chaqueta, lo había atado, dejándolo allí.

—A ese mozo lo encontré yo, y cuando te haya sacado a ti de aquí ya veré el modo de encontrarlo otra vez —replicó Tom ásperamente—. Pero como no hay tiempo que perder, para que vuelvas al pueblo ponte el pantalón del presidiario, y yo te prestaré el capote que tengo en el caballo.

Sin perder tiempo púsose Jack los pantalones, y Tom echó a andar delante, guiando él el camino a lo largo de la galería.

No tardaron en oír un rugido distante, un crujido como de tierra y rocas que se desprenden y el ruido del agua al precipitarse en forma de catarata.

—El agua ha entrado en la mina, y las galerías volverán a inundarse de nuevo —exclamó Tom—; cógete de mi brazo.

Pero apenas se habían cogido cuando por la galería se precipitó el agua torrencialmente, arrastrando hacia atrás a Tom y a Jack; unidos como estaban pudieron oponer resistencia, evitando ser sobrepujados, y después de una verdadera lucha por la vida, acabaron por ser llevados por la corriente hasta una parte un poco más alta del terreno.

Por fortuna encima de ellos había otro pozo de ventila-

ción; pero la boca estaba lo menos a siete metros de altura, y las paredes eran tan escarpadas, que se hacía imposible trepar por ellas.

Tom sacó el silbato y dió varios silbidos agudos y penetrantes. Oyéronse en seguida pisadas de caballo y vieron aparecer por la abertura del pozo la cabeza blanca de Fleet Away.

—¡Salta por encima, Fleet Away! ¡Salta por encima! —gritó el policía.

El caballo saltó obedientemente por encima de la abertura, y al hacerlo así cayó por el agujero la cuerda que tenía atada a la silla.

—¡Bravo! —exclamó Jack agarrándose a ella.

—¡Sube lo más aprisa que puedas, Jack!

Y el futbolista empezó a trepar por la cuerda, seguido de Tom.

—¡Vaya un par de figuras que hacemos! —decía Jack riéndose—. ¿Cómo voy a presentarme así en el campo?

—Fleet Away te llevará allá en seguida; toma, ponte esto —le dió el capote que tenía doblado encima del caballo; luego, acariciando el cuello del animal, añadió: ¡Bien, Fleet Away, bien! ¡No sé lo que hubiera sido de nosotros sin ti!

Y llevándolo de la brida, Tom echó a andar, seguido de Jack, a tomar el camino de carro que llevaba a la carretera. Pero se detuvieron al oír voces de socorro. Estas subían del pozo por donde el futbolista se había caído. Asomáronse a él y vieron al presidiario que luchaba desesperadamente con el agua hasta el cuello.

—¡Ayudadme a salir de aquí, por el amor de Dios! —gemía.

Cogiendo la cuerda, que todavía estaba atada a la silla del caballo, Tom se la arrojó por el pozo. Agarróse a ella el presidiario, y entre el policía y Jack, ayudándose de Fleet Away, consiguieron subirle. Al llegar arriba, díjole Tom:

—Me alegro mucho de volver a encontrarme con usted!

—¡Maldita sea mi suerte!

Déjeme usted marchar

—rugió el hombre forcejeando desesperadamente por soltarse.

Entonces llegaron corriendo tres vigilantes de la cárcel que venían en busca del fugitivo; apoderáronse de él y no tuvo más remedio que someterse a ser esposado.

—Sí, señor; se ha escapado esta mañana —replicó uno de los carceleros a las preguntas del policía—; le hemos andado buscando por todo el páramo sin poder adivinar dónde se habría escondido. Por lo que veo se las ha arreglado para encontrar otro traje.

Tom explicó lo sucedido, y cuando los carceleros supieron quién era Jack, uno de ellos miró el reloj y dijo que todavía tenía media hora para llegar al campo de fútbol antes de que empezase el partido.

El policía y Jack montaron sobre el caballo, y cinco minutos antes de empezar el partido, los jugadores y el público que estaba a la entrada del campo prorrumpieron en vivas y aclamaciones al ver a Jack irrumpir en el campo montado en un caballo blanco y vistiendo unos pantalones de presidiario y un capote de policía.

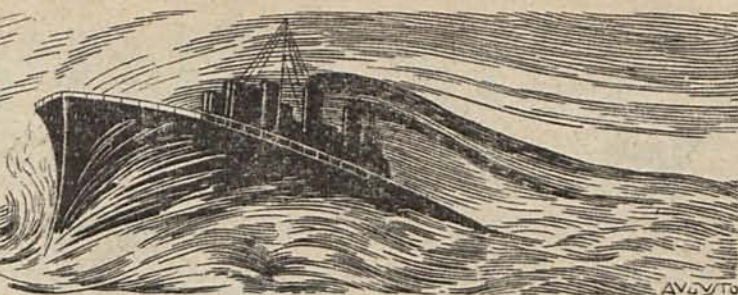
No hubo tiempo para explicaciones, porque era la hora de empezar, y Jack entró corriendo en la caseta a vestirse de jugador. Tres minutos después hacía su aparición en el campo para tomar parte en el campeonato, en el cual no hubo más goal que uno que hizo Jack Andrews, debido al cual ganó Shefford la copa, y si hubo alguien que aplaudiera al equipo victorioso fué el policía Tom Terry.





# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

Eran tres poderosos buques de guerra que avanzaban a todo vapor en forma de triángulo, cuyo vértice se dirigía a *El Crucero sin nombre* como una segura amenaza.

El peligro para el crucero, aún inmóvil, era gravísimo; pocos minutos aún y se hallaría bajo el fuego de los cañones de grueso calibre de los tres barcos.

A las voces de sus marineros, Alberto Wendover, que ya había puesto mano en los remos para acercarse al bote de su adversario y examinar de cerca los efectos de su disparo, se detuvo y miró en derredor para ver lo que pasaba.

No vió las tres naves que, por hallarse a babor, las ocultaba a su vista el crucero; pero adivinó su presencia por las espirales de humo que dejaban tras de sí, disipándose en el aire, transparente y azul.

¿Qué hacer?

Úrgia volver a bordo; un segundo de retraso podía resultar fatal.

Cogió un hacha que estaba en el costado y cortó de un golpe la cuerda que unía las dos chalupas; luego se avalanzó a los remos y... marchó.

Pocos momentos después llegaba al costado del crucero; lanzóse a la escala de cuerda, saltó sobre cubierta, subió corriendo al puente de mando después de haber echado a rodar dos marineros que no le habían dejado el paso libre a tiempo, echóse casi sobre la rueda del timón, oprimiendo nerviosamente sus clavijas, y ordenó al maquinista:

—¡Adelante... a toda marcha! —y con la voz tonante y un poco alterada por la sangre que le afluí a la cabeza, gritó:

—Todo el mundo a sus puestos de maniobra... Los artilleros a las piezas... Fuego de las piezas, a blanco seguro. ¡Fenianos... viva Irlanda y mueran los opresores!

Gritos furibundos hicieron eco a tales palabras, y todos los hombres corrieron a sus puestos, temblando de ira y sedientos de lucha y de sangre.

Aún era tiempo.

De la nave que formaba la punta del triángulo levantóse de pronto una nubecilla de blanco humo y se oyó el estampido de un cañonazo.

En aquel mismo instante el crucero se ponía en movimiento, mientras un grande proyectil caía en el agua a dos metros de su popa, levantando, a breves intervalos, altas columnas líquidas, blanquísimas, que volvían a caer al momento con ruido de cascada.

El tiro demostraba que los enemigos disponían de buenas baterías y de hábiles artilleros; si el crucero tarda dos segundos más en emprender la marcha, su castillo salta por el aire.

Oyóse un segundo estampido; el proyectil pasó a un metro sobre la toldilla de popa, sepultándose en el mar después de haber matado a un marinero y llevándose por delante el brazo izquierdo de otro.

Oyéronse imprecaciones de furor; algunas nubecillas de humo envolvieron de repente la nave pirata y un horrible estruendo la conmovió de arriba abajo.

Cuando el humo se hubo disipado, vióse la nave que había hecho fuego la primera aminorar su marcha y luego detenerse, mientras las otras dos, del mismo tonelaje próximamente, abrían un fuego infernal contra el crucero, que entretanto, huía hacia el Sur, tenazmente perseguido.

Durante el vertiginoso desenvolvimiento de tales sucesos, Patrick se había lanzado por una de las escotillas y, sin que nadie intentase impedirlo, había descendido precipitadamente la escalera y había corrido al camarote en que sabía que se encontraba miss Ellen.

Un atroz presentimiento le laceraba el corazón; la mise-

ra doncella había quizá, por una cruel fatalidad, asistido a la última fase del duelo y había visto caer herido a su padre.

En efecto, habíase oído un grito desgarrador en el interior del crucero en el momento preciso en que el capitán Jaime Davy caía al fondo de la chalupa.

¿Quién podía haberlo proferido sino miss Ellen?

Torturado por este pensamiento, el bravo marinero empujó la puerta del camarote y entró, lanzando al interior una ansiosa mirada.

Escapósele una exclamación de angustia.

Miss Ellen yacía tendida en el suelo, junto al ventanillo que servía para dar luz y aire a la pequeña estancia. Su cara tenía aspecto cadavérico, los ojos, cerrados, sin dar señales de vida.

—¡Ah, la han matado! —rugió Patrick, cayendo de rodillas junto a aquel joven y encantador cuerpo sin alma, con voz de profunda desesperación—. Ellen, miss, responded, por piedad, decidme que vivís aún.

No, no es posible que Dios haya permitido semejante delito... Estais viva; ¿no es cierto que estais viva?

—Sí; pero dejadme oír vuestra dulce voz; tranquilizadme... Oh, yo me vuelvo loco. Ellen, amor mío, Ellen... Ellen... Elle...

El nombre fué fué repetido en un tono creciente, de terrible dolor que acabó en un grito agudo, desesperadísimo.

—¡Está muerta!

—¿Muerta? —repitió como un eco una voz conmovida, a la espalda de Patrick que se había acurrucado, fuera de sí, con la cara hundida en los cabellos dispersos de la desdichada joven—. Animo, amigo mío; quizá os engañáis, puede ser un simple desvanecimiento.

A ver, levantaos...

El joven irlandés levantó la vista y reconoció a Mop.

—¡Vos, el amigo de aquel hombre! —dijo don ira—. ¡Maldito seas todos!

—Dajaos de palabras vanas, mister —repuso el ex-ladrón sin descomponerse—, y ayudadme a colocar esta desventurada sobre el lecho si os corre prisa salvarla.

Patrick, vencido por la piedad que trascendía de las palabras de Mop, púsose en pie de un salto y murmuró:

—Perdonadme...

—Animo, no hablemos en balde —añadió el ex-ladrón—. Vos cogereis a miss Ellen por los hombros, así, yo por los pies; bien, coloquémosla sobre la cama.

Ya está; ahora esperad, voy corriendo en busca de un cordial, después veremos.

Mop salió corriendo y volvió a los dos minutos con todo lo necesario.

Mientras los dos hombres se dedicaban a volver a la vida aquel pobre cuerpo inerte, *El Crucero sin nombre* seguía huyendo hacia el Sur, enviando de vez en cuando algún proyectil de sus más grandes cañones a los dos barcos que le perseguían.

Desgraciadamente, estos últimos revelaban cada vez más su manifiesta inferioridad y perdían terreno.

Ya sus disparos no cubrían siquiera la distancia que les separaba del enemigo, y su fuego resultaba en simple ejercicio de tiro, turbando la pacífica tranquilidad de los peces del gran Océano maravillados de aquella extraordinaria granizada de hierro.

Bien distinto era lo que sucedía con los tiros del crucero; rara era la bala que no daba en el blanco, y la tripulación entonces, advirtiendo la confusión que se notaba a bordo del buque tocado, prorrumpía en gritos de júbilo y en carcajadas.

Media hora más tarde, toda persecución era imposible y los dos buques de guerra, habiendo cesado el fuego, no parecían sino dos manchas oscuras que disminuían con rapidez.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN  
SALGARI

Los pescadores de perlas. Un tomo.  
El corsario negro. Un tomo.  
La venganza. Un tomo.

CADA TOMO,  
1,25 pesetas.





# ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación)

—Por Dios, señor, que ya hace mucho tiempo que no nos has dado ocupación en tus asuntos mercantiles.

—Todo tiempo tiene su fortuna y su hombre—contestó el síndico—. Maestro, este tiempo da que mi hijo quiere ir de viaje.

—¡Dios te lo conserve!—exclamó el camellero.

El síndico entonces hizo un trato con el camellero de que su propio hijo Alá Addín había de pasar por hijo del camellero; dió a éste cien dinares para los criados; compró luego sesenta mulas y un velo de Sidi Abdelcader el Chilani<sup>(1)</sup>. E hizo a su hijo la siguiente recomendación:

—Yo voy a estar ausente de ti, y este hombre va a ejercer de padre en mi lugar: cualquier cosa que él te diga, cumplesela.

Y se volvió a su casa con las mulas y el joven. Por la noche recitaron el Alcorán completo y celebraron una fiesta en honor de Sidi Abdelcader el Chilani. Cuando amaneció, entregó el síndico a su hijo diez mil dinares, diciéndole:

—Si cuando entres en Bagdad ves que las telas llevan buen precio, véndelas; si llevan precio bajo, gasta de estos dineros.

\*\*\*

Cargaron las mulas, se despidieron mutuamente y empezó a caminar la caravana hasta salir de la ciudad. Y siguieron su marcha a través de desiertos y llanuras, pasando por Damasco, y luego por Alepo, hasta que se hallaron a una jornada de Bagdad. Bajaban por un valle y Alá Addín deseaba quedarse allí; pero el camellero dijo:

—No te detengas aquí; sigamos andando y apesuremos el paso, pues tal vez logremos llegar a Bagdad antes de que cierren sus puertas, porque no las abren sino mientras que luce el sol, por temor a que los Rafidíes<sup>(2)</sup> se apoderen de la ciudad y arrojen al Tigris los libros de la ciencia.

—¡Oh padre mío!—contestó Alá Addín—. Yo no vengo con estas mercancías a Bagdad por razón del tráfico, sino como pretexto para divertirme recorriendo tierra.

—Temamos, hijo—contestó el camellero—, por ti y por tu riqueza cuando andes entre los árabes.

—¿Qué es esto, hombre?—exclamó el chico—. ¿Eres tú criado o señor? Yo no entraré en Bagdad sino por la mañana, para que los de Bagdad vean mis mercancías y me conozcan.

—Haz lo que quieras—contestó el camellero—: yo te lo aviso y tú juzgarás por ti mismo.

Y Alá Addín mandó a los criados descargar los fardos de las bestias; hicieronlo así y levantaron luego las tiendas, en lo cual llegó la media noche. Salió Alá Addín de su tienda y vio brillar a lo lejos una luz. Preguntó al camellero qué luces serían aquellas, y éste, oteando el horizonte y mirando fijamente, vio que los centelleos eran producidos por los reflejos de las puntas de las lanzas, por las armaduras y las espadas de los beduinos árabes, capitaneados por el jeque Achlán Abunaib, quienes al aproximarse y ver todas las cargas de la caravana, exclamaron regocijados: «¡Oh, noche de botín!» Cuando los de la caravana los oyeron expresarse así, el camellero Kemal Addín gritó: «¡Fuera, villanos árabes!» Entonces, Abunaib lo hirió con la lanza, atravesándole el pecho: el infeliz camellero cayó muerto a la puerta de la tienda. El aguador de la caravana exclamó también: «¡Atrás, villanos árabes!»; pero también lo golpearon por la espalda con un sable y, con las entrañas atravesadas, cayó muerto. Mientras esto sucedía, Alá Addín estaba de pie y mirando atentamente. El grueso de los beduinos cayó sobre la caravana y mataron a todos los individuos que la componían, sin dejar uno; cargaron los fardos en las mulas y se alejaron. Alá Addín se dijo para sus adentros: «No se preocuparán de matarte, sino de llevarse tu mula y tus vestidos». Y, despojándose del que llevaba puesto, lo arrojó sobre las espaldas de la mula, quedándose en camisa y calzoncillos; miró hacia la puerta de la tienda y encontró un gran charco de sangre, de la que había corrido de los cadáveres; manchó con ella sus ropas, hasta parecer un muerto envuelto en su propia sangre.

Entre tanto, el jeque de los beduinos, Achlán, decía a sus sicarios:

—¿Esta caravana venía del Cairo o salía de Bagdad?

—Procedía del Cairo—le contestaron.

—Volved a ver a los muertos—les ordenó— porque sospecho que el jefe de esta expedición no ha perecido.

Y, cumpliendo este encargo, volvieron los beduinos a examinar cuidadosamente a los cadáveres, golpeándolos y revolviéndolos; llegaron al lugar en que estaba Alá Addín, mezclado con sus compañeros muertos; apenas lo divisaron, le dijeron: «Tu te has fingido cadáver, pero nosotros completaremos tu muerte». Y un beduino desenvainó su espada y quiso hundírsela en el pecho. Alá Addín exclamó aterrado: «¡Bendito seas, oh señor Abdelcader! ¡Oh el Chilani!» Y vio una mano que desviaba la espada de su pecho, llevándola hacia el cadáver de Kemal Eddín, el camellero, a quien hirió el beduino, dejando sano a Alá Addín. Después de lo cual, los beduinos cargaron las bestias y se marcharon con ellas.

Miró Alá Addín y vio que los pájaros habían volado; con las riquezas; se levantó y se puso a andar. Pero el beduino Abunaib dijo a sus secuaces:

—He visto una sombra a distancia, oh árabes.

Uno se adelantó y vio, efectivamente, a Alá Addín que venía andando, y le gritó:

—De nada te servirá la huida mientras nosotros andemos detrás de ti—y dió un puñetazo a su caballo, que se adelantó.

Había visto Alá Addín delante de él un estanque con agua y a su lado una cisterna; se tendió y se hizo el dormido, diciendo: «¡Oh generoso protector! ¡Cúbreme con el velo de tu protección que no puede desaparecer!» A poco el beduino estaba al pie de la cisterna y extendió su mano para apoderarse de Alá Addín. Este exclamó: «¡Bendita seas, oh señora Nefisa! ¡Ahora es tu ocasión!» Y un escorpión picó entonces al beduino en la palma de la mano; el cual, al sentirse herido gritó: «¡Oh árabes, venid en mi auxilio, que me ha mordido!», cayendo del caballo; sus compañeros acudieron y lo volvieron a montar, preguntándole: «¿Qué te ha sucedido?», y él les contestó que le había picado un escorpión. Y seguidamente tomaron todas las riquezas de la caravana y se alejaron de aquellos parajes.

\*\*\*

Alá Addín siguió durmiendo en la ventana de la cisterna. Al cabo de un rato levantóse y se dirigió a Bagdad. Como iba tan andrajoso, los perros le ladraban a su paso por las calles; al atardecer, divisó la puerta de una mezquita, penetró en el vestíbulo y allí se ocultó. A poco, distinguió una luz que se acercaba en dirección a él; y fijándose bien, observó que eran dos linternas llevadas por dos esclavos que iban alumbrando el paso a dos hombres, uno de ellos, viejo; el otro, joven. Oyó que el joven decía al viejo: «Querido tío, por Dios te suplico que me devuelvas a tu hija, mi prima», y que el anciano contestaba: «¿No te lo he prohibido muchas veces, desde que te divorciaste?» Y apartándose a un lado, el anciano advirtió la presencia de Alá Addín y le preguntó, después de saludarlo:

—¿Quién eres, muchacho?

—Yo me llamo Alá Addín y soy hijo de Xems Eddín, el síndico de los comerciantes del Cairo. Pedí a mi padre que me diera mercaderías y él me entregó cincuenta cargas de géneros y me dió diez mil dinares. Me puse en camino y al pasar por el Bosque del León, salieron a mi encuentro los beduinos y me robaron los dineros y las mercancías; así despojado, entré en la ciudad y no sabiendo dónde pasar la noche, he visto este lugar y en él me he refugiado.

El anciano se compadeció de él y le protegió, llegando a casarlo con su hija única, Zobeida, aunque con la precaución de que le firmase una escritura de dote de diez mil dinares, cosa a la que se obligó Alá Addín, confiando en las grandes riquezas de su padre. Pero algunos de la familia del anciano, envidiosos del afecto que éste profesaba al forastero, le imbuyeron la idea de que le hiciera pagar los diez mil dinares, llevando la cuestión a los tribunales; y el juez dió un plazo de diez días para cumplir su compromiso.

(Continuará en el número próximo)

(1) Santo famoso, fundador de la cofradía Kadiri. Murió el año 1166.

(2) Fracción de la secta llamada xii, partidarios de Alí, considerados como herejes entre los musulmanes ortodoxos.

(1) Célebre santa, nieta del Imam Alí, nieta del Profeta; murió el año 823 y su tumba es muy venerada en el Cairo.



# LA PANTERA NEGRA

CUENTO POR EMILIO SALGARI



HACÍA sólo ocho días que habíamos echado el ancla en Surakarta, una de las ciudades más aisladas de la gran isla de Java, la más rica colonia que posee Holanda, y, sin embargo, estábamos ya archiaburridos y todos suspirábamos por que llegara el momento de izar velas, aunque hubiésemos acabado de realizar una navegación de cuatro meses, sin abordar tierra alguna.

Mañana y noche nos envolvía una niebla pestilente, cargada de gérmenes capaces de dar fiebre incluso a un elefante, si no está aclimatado; y durante el día, un sol ecuatorial nos tostaba, impidiéndonos salir del barco, para evitar una de aquellas terribles insolaciones que mandan al otro mundo al más robusto de los hombres, en menos que canta un gallo.

En tierra, además, no encontrábamos la menor diversión ni acogimiento alguno, puesto que los javaneses no ven jamás con buenos ojos a los extranjeros. Antes al contrario, había peleas continuas y más de un marinero había vuelto al barco con la cabeza rota y hasta con alguna cuchillada, pues aquellos habitantes suelen llevar unos puñales de afilada hoja, que manejan con habilidad maravillosa.

Nos mataba aquella niebla y esperábamos con impaciencia el momento de volvernos hacia las azules ondas del Océano Índico, cuando un suceso inesperado vino a turbar la calma demasiado tranquila que reinaba a bordo.

Habíamos ya terminado de cargar y estábamos completando las provisiones, cuando subió a nuestro barco un señor desconocido y que, por el acento, parecía norteamericano, pidiendo hablar con nuestro capitán

para un asunto urgente. Creyendo que aquel extranjero quería embarcarse con nosotros, advertimos al capitán que en aquel momento estaba arreglando su camarote, casi destruido por la última tormenta.

—Capitán —dijo el desconocido apenas le vió—. ¿Queréis admitir a bordo una fiera? Sé que debéis recalar en el Cabo de Buena Esperanza, y si la admitís no haréis un mal negocio.

El capitán, ante aquella inesperada proposición, había quedado callado. Había embarcado durante su

larga carrera de marino, un poco de todo, pero jamás había transportado fieras.

—Le ofrezco cien dólares para que el animal llegue a su destino sano y salvo.

Cien dólares era una buena suma que ni siquiera un pasajero habría pagado tratándose de un viaje de un par de meses.

—Digame al menos de qué animal se trata —contestó el capitán.

—De una pantera negra.

—¿Es sólida la jaula?

—Sólida en extremo.

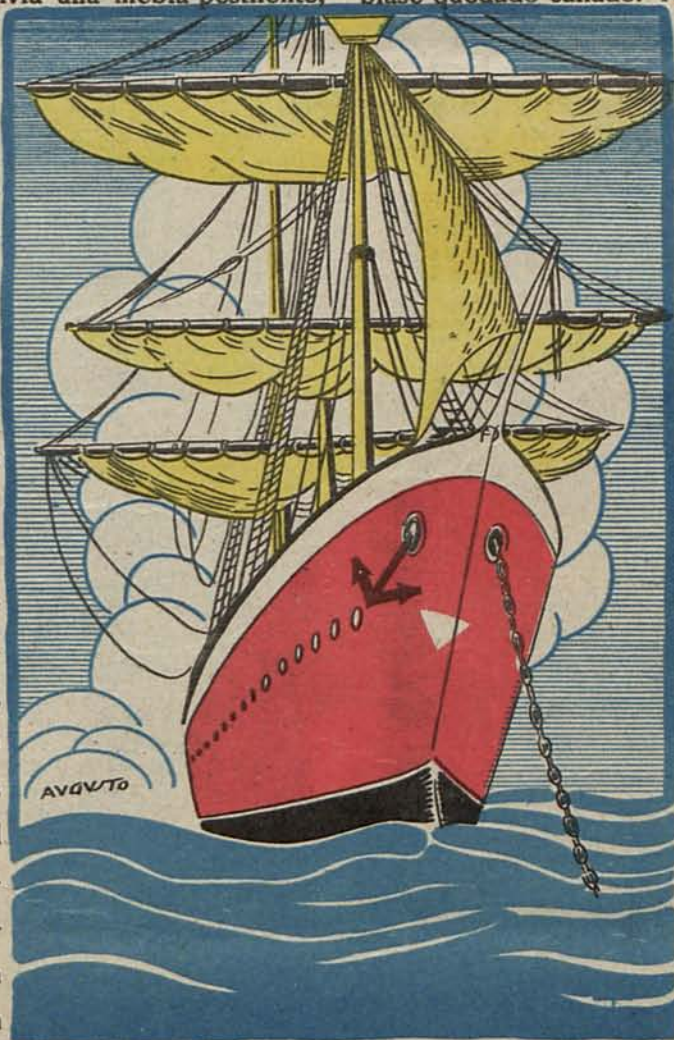
Tentado por la suma, el capitán cerró el trato, aunque no ignorase la ferocidad de aquella clase de animales.

Si los tigres y leones producen terror y tienen muy mala fama, las panteras negras de Java superan a unos y a otros en ferocidad y audacia.

Son verdaderos monstruos, siempre sedientos de sangre y hambrientos, sobre todo, de carne humana. Afrontan resueltamente al cazador que se atreve a atacarles y no hay fuego que les atemorice.

Pero al asegurar el norteamericano que la haría llevar a bordo en una jaula muy fuerte y habiendo todavía mucho espacio en la bodega, el capitán había aceptado la proposición.

A la mañana siguiente, la pantera negra estaba a bor-







do. Era una bestia soberbia, tan grande como un tigre real, tenía solamente las garras un poco más cortas, y su pelo era negro y brillantísimo, con manchas y rosetones un poco más negros y algo opacos.

La nueva viajera demostró en seguida que no estaba a gusto, y nos manifestó su mal humor con una serie de roncós rugidos que nos ponían piel de gallina.

Quizá le molestaban los balanceos de nuestro barco.

Se trató entonces de ponerle un guardián que se encargase de su alimento y limpieza, pero todos, un poco asustados del aspecto feroz de la fiera, habían rehusado el encargo por miedo de perder un brazo o, por lo menos, una mano.

Sólo uno había aceptado. Era un marinero indio, una especie de misántropo que vivía casi siempre apartado de los demás y no hablaba una palabra, y que tenía un vicio deplorable que el capitán había castigado ya varias veces con unas cuantas semanas de cepos: se embriagaba atrozmente en cuanto se veía en posesión de alguna libra esterlina que le permitiese proveer su caja de equipaje de algunas botellas de *arak* o de rom.

Todos los indios, quien más quien menos, están familiarizados con las fieras, por estar su país infectado de tigres, panteras, cocodrilos y serpientes descomunales, y el capitán no había tenido dificultad alguna en aceptar la oferta de Zurak —que así se llamaba el marinero— olvidándose de la fatal pasión que se había apoderado de aquel bruto.

Zurak, que por otra parte era un pésimo marinero, que huía de toda fatiga, se puso súbitamente al trabajo, afirmando que antes de llegar al Cabo la terrible fiera estaría domesticada.

Dos días más tarde, con un suspiro de verdadera satisfacción, dejábamos la isla en dirección al Sur del Océano Indico.

La pantera negra parecía que no le agradaban mucho las olas que de vez en cuando chocaban bruscamente con nuestro barco.

Rugía y aullaba de continuo y se mostraba de pésimo humor. Cada vez que uno de nosotros trataba de acercarse a su jaula, lanzábase furiosamente contra los barrotes, mordiéndolos con saña y alargando las garras para hacer presa en nuestras carnes.

Sólo el indio parecía gozar de su simpatía. Dejábalo acercarse sin ponerse colérica y sufría pacientemente sus largos discursos, contentándose con gruñir como un perro y sacudir la cabeza.

Debo decir que Zurak, con mucha frecuencia, especialmente cuando había alzado el codo, se echaba a dormir cerca de la jaula y trataba bien a la fiera, suministrándole abundante comida.

Por el contrario, la pantera no podía tolerar nuestra presencia y nos miraba ferozmente, con una expresión que nos hacía estremecer. Parecía querernos decir:

—¡Si estuviese en libertad, cómo me hartaría con vuestros *bistechs*!

Hacia un par de semanas que navegábamos, cuando un día, al bajar a la bodega para ver si la pantera adelgazaba, Zurak me dijo:

—Apostaría a que este animal, aun puesto en libertad, no haría daño a nadie.

Miré al indio con inquietud y me di cuenta de que el desdichado había bebido más de la cuenta.

—¡Zurak! —le grité en tono amenazador—. ¡Guárdate bien de abrir la jaula! Suceden bastantes desgracias en el mar, para que nos busquemos otras.

—Le aseguro que está domesticada y que se pasearía por la cubierta sin tocar a los marineros. De estas cosas entiendo yo mucho, por haber vivido en el país preferido de los tigres.

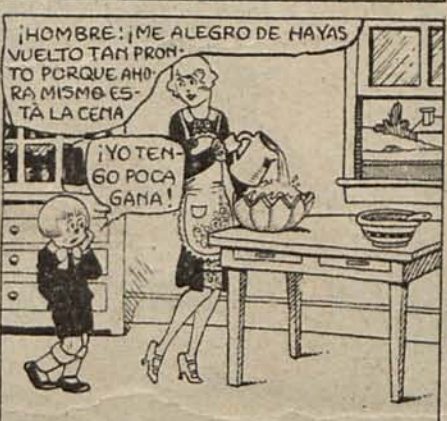
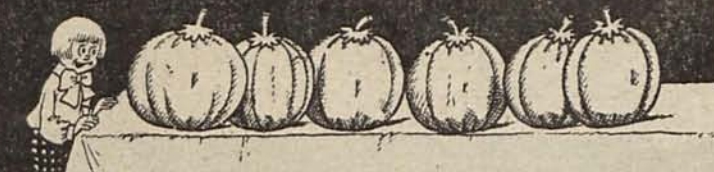
—¡Guárdate bien de hacerlo! Y si vuelves a repetir estas palabras, te mandaré a los cepos.

(Continuará en el número próximo.)





# COLORÍN Y SU PANDILLA



Siendo suscriptor a Pinocho se pueden comprar las tapas para encuadernar la Colección mucho más baratas (3 pesetas) que no siendo suscriptor (5 pts)





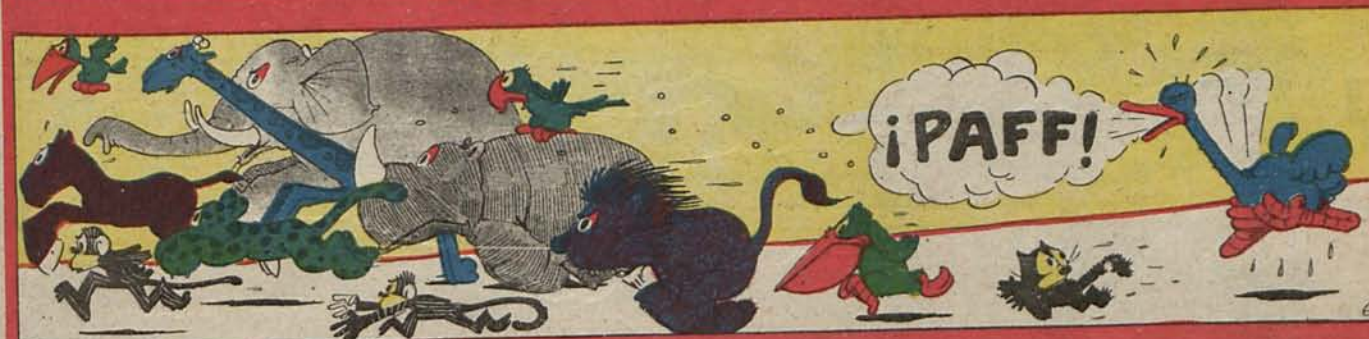
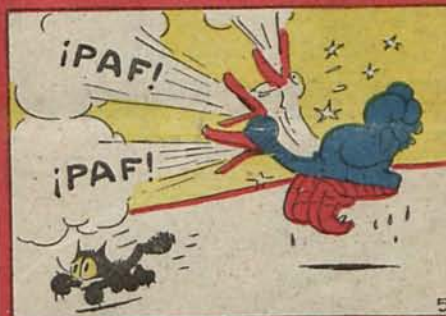
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



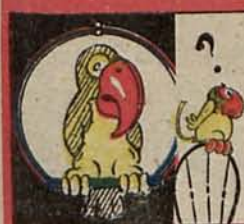




# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



## LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





# POTIPÁN Y CAÑAMÓN



Niños

OS INTERESA GUARDAR LAS CAJAS DE CERRILLAS DE QUINCE CÉNTIMOS VACIAS, PUES EN CANJE DE ELLAS OS DARÁN BILLETES GRATIS CON BUENOS PREMIOS. PEDID PROSPECTO DETALLADO EN CUALQUIER ESTANCO.

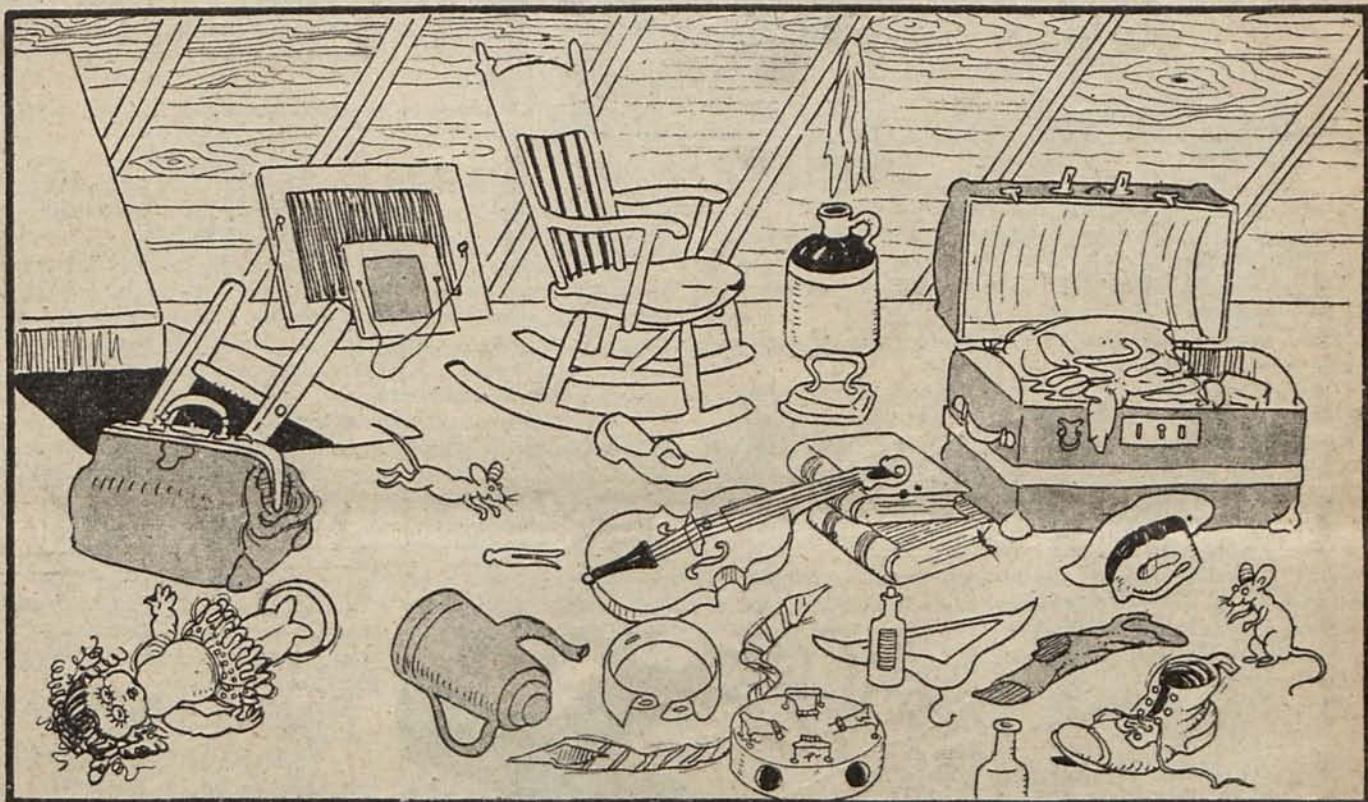


# CONCURSO DE PASATIEMPOS

## DEL MES DE MARZO DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



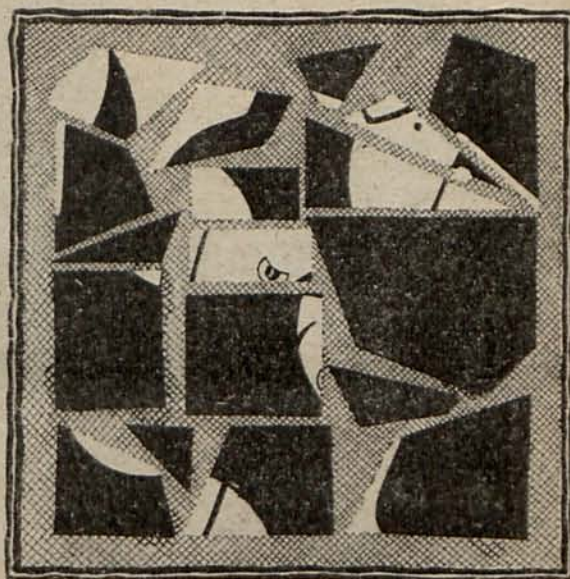
El dibujante ha subido a la guardilla y se ha encontrado con una serie de cosas heterogéneas. Examinando detenidamente estas cosas, vemos que el dibujante ha incurrido en doce errores. Uno de ellos, por ejemplo, es que la bota de cordones que hay a la derecha del dibujo tiene en un lado cuatro ojetes y en el otro cinco. ¿Cuáles son los otros once errores?

### LOS SUPERVIVIENTES DE UN NAUFRAGIO



En un barco que navegaba con dirección al Polo Norte iban estos animalitos que aquí veis y tres hermosos perros. El barco naufragó, muriendo los marineros y salvándose estos animales. Como el frío era muy intenso, se vistieron de cualquier manera, menos los pobres perros, que no encontraron nada que ponerse y están escondidos, ateridos de frío. ¿Dónde se hallan?

### ROMPECABEZAS



Con estos dieciocho trozos que os damos aquí, construir la cabeza de un gran amigo vuestro.

**COPÓN**

DE SOLUCIONES  
DEL MES DE MARZO

**110**

Envío del suscriptor (1) D.

(1) Sólo los suscritores pueden tomar parte en el Concurso de Pasatiempos.





# Sección Pirula

## CUENTOS DE PIRULA

*La ingratitud de Fernandito.*—Carmina está indignada y con razón; ha-

ce pocos días le regalaron a ella una caja de bombones y, equitativa y generosamente, la repartió con su hermano Fernandito; hoy le han regalado al tal caballerito un pastel y él se ha negado rotundamente a darle a ella ni tanto así, siquiera sea para probarlo.

Mamá, enterada de estos graves acontecimientos, afea, como se merece, la conducta de Fernandito.

—Además de ser un egoísta, un tragón y un avaricioso— declara—, has demostrado ser lo peor de todo: un ingrato.

Fernandito, a pesar de sus terribles culpas, conserva aún —¡loado sea Dios!— un poco de amor propio; bajo el peso de las acusaciones maternas, agacha la cabeza avergonzado y una lágrima asoma a sus ojos a la vez que se relame los bigotes de azúcar y crema que rodean su boca.

Mamá sabe que la mejor manera para que sus sermoncitos penetren en el alma de sus pequeños, es ilustrarlos con un cuento; además, la distracción suavizará en el culpable el escozor del remordimiento.

Y mamá relata, como ejemplo de ingratitud castigada, el

### CUENTO DEL HOMBRE Y EL LOBO

«Un hombre que pasaba por un bosquecillo, oyó una voz que le imploraba:

—¡Buen hombre, libértame! ¡Buen hombre, mira cuánto sufro y qué desgraciado soy! ¡Buen hombre, ten compasión de mí! ¡Si no me salvas, me muero!

Y vio que el que así le hablaba era un lobo que tenía una pata cogida en un cepo.

(Aquí, Carmina interrumpe, sabedora de que a mamá le gusta que le hagan preguntas de niños inteligentes y deseosos de instruirse: «¿Qué es un cepo?» Y mamá explica: «Un cepo puede ser varias cosas, como una rama de árbol, un madero en que se fijan los instrumentos de los herreros y de los cerrajeros, una arquilla para recoger limosnas y otras más. Pero en este caso, significa una trampa para coger animales».

Al ver al lobo, el hombre sintió cierto miedo, y le dijo: —Yo te libertaría con gusto, pues me dá pena verte en tan triste situación; pero, ¿y si luego me devoras?

—No te devoraré, te lo juro —prometió el lobo.

El buen hombre entonces, abrió el cepo y el lobo... ¿sabéis qué hizo? Pues se abalanzó hacia él para devorarlo.

—¡Eh, amigo lobo! —exclamó el pobre hombre—. ¿Es que además de faltar a tu promesa, que es cosa sagrada, cometerás la ingratitud de devorar al ser a quien debes la libertad y la vida? ¿Olvidas que sin mí te hubieras muerto de hambre y de dolor en el cepo que te atenazaba la pata?

—¡Bah! —contestó el infame lobo—. Yo te hice esa promesa porque necesitaba tu ayuda, y ahora falto a ella porque tengo hambre.

El infeliz lloró, suplicó, pero todo fué inútil; el lobo repetía: «El hambre no atiende a razones».

Al fin, al pobre hombre se le ocurrió proponer.

—¿Quieres que sometamos el asunto a otros animales, a ver qué les parece?

—Buena —accedió el lobo, harto de discusiones—. Preguntaremos su opinión a los tres primeros que encontremos.

Y el malvado pensó: «Digan lo que digan, yo no me quedo sin mi merienda. Lo mismo me dá esperar un momento; hombre que espera hartura...»

Echaron a andar el hombre y el lobo, y el primer animal que se encontraron fué un perro viejo y escuálido que se arrastraba penosamente por la carretera. El hombre le refirió la aventura y preguntó:

—¿Te parece bien que después de salvarle la vida, el lobo me quiera devorar?

Y dijo el can:

—Me he pasado la vida sirviendo a un amo a quien acompañaba a la caza, proporcionándole, gracias a mi olfato y mi actividad, liebres y perdices incontables. Mi amo, encantado, me daba viandas exquisitas en abundancia, me tenía dispuesta, para dormir y resguardarme del frío, una caseta mullida, y me cuidaba y mimaba como a un niño. Ahora soy viejo y débil, no le sirvo para nada y me ha arrojado de su casa a puntapiés. Aquí moriré, sólo y abandonado... como un perro.

Y el pobre animal concluyó:

—Los hombres son interesados con quienes les son útiles y pagan luego sus servicios con ingratitud. Bien está que nosotros, los animales, hagamos con ellos otro tanto. Lobo, si devoras al hombre, tendrás razón.

—¡Ya lo oíste! —exclamó el lobo triunfante.

Y se abalanzó.

—Espera —dijo el hombre—, aún quedan dos.

Siguieron andando y se encontraron un caballo medio muerto, tendido en el suelo, y tan flaco, que las costillas casi le agujereaban la piel.

Enterado de la historia, dijo el caballo:

—Yo servía en casa de un rico labrador, tiraba de su carro y el amo me atendía con esmero; nunca me faltó un buen pienso para reponer mis fuerzas. Ya estoy viejo y no puedo con la carga; el amo me trata mal y en lugar de cuidarme más, cuando más lo necesito, me deja sufrir hambre porque no vale la pena de hacer gastos para mí. Hoy, al pasar por estos lugares tirando del carro, caí rendido; el amo me molió a golpes y en vista de que no podía levantarme, ha ido en busca de quien me compre para la plaza de toros. Tal será el fin espantoso de quien toda su vida fué un leal servidor de su amo.

Y concluyó:

—Lobo, devora al hombre. No serás con ello más ingrato de lo que suelen ser los hombres con nosotros.

El lobo quiso apresurarse a seguir el consejo, pero el hombre le detuvo:

—Espera —dijo—, aún falta el tercer juez.

El tercer juez que se les presentó fué una ardilla que asomaba entre unas ramas sus ojos maliciosos y su hocico afilado. Escuchó la historia con atención; luego declaró gravemente:

—Yo no puedo fallar así como así; vamos al lugar donde ocurrió la aventura.

Allá fueron, y la ardilla ordenó:

—Compañero lobo, colócate en la misma postura en que te hallabas cuando te libertó este hombre.

El lobo avanzó la pata en el cepo abierto, cuidando mucho, naturalmente, de no tocarlo para que no se cerrara y le apresase de nuevo.

—¿Así estabas? —preguntó la ardilla.

—Sí, así exactamente —contestó el lobo.

—Pues así te quedarás hasta que encuentres otro tonto que se deje engañar por tus lamentos y te saque de ahí —dijo la ardilla.

Y al pronunciar estas palabras, con un rápido movimiento, ¡zas!, cerró la trampa.

Así fué cómo una ardilla astuta y lista salvó la vida de un hombre bueno y castigó la ingratitud de un lobo perjuro y cruel, que por faltar a su promesa halló la muerte en el cepo y sirvió de merienda a otros lobos tan malos como él.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE MARZO

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Danza macabra.  
ALBERTO DE LEÓN.  
Catorce años.



Curriñche.  
JOSÉ IGNACIO BARRAQUER.

**CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA**  
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 110  
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



Pirula.  
M. L. AÑÓN.  
Once años.



Charlot en El Peregrino.  
JULIÁN ORDEN.—Trece años.



Mi perro «Chucho» y mi pollito «Lulú».  
AURORA CARRASCO.  
Diez años.

**El goloso.**  
Un niño llamado Fernando fué convidado en casa de sus tíos a comer. Como era muy goloso, no le gustaban los platos que sus tíos le ponían, así que no quiso comer nada. Cuando sacaron el postre, que se componía de flanes, bizcochos, caramelos, etc., el niño no pudo contenerse y se tiró a los exquisitos platos, no dejando ni señales. Llegó la noche, y el niño se fué a su casa. A media noche el niño se puso malo, con un gran dolor de vientre, y devolvió todo lo que había comido. Al otro día llamaron al médico, y en vez de golosinas, acibar y amargas tuvo que tomar, no sin llorar y patallar. Su glotonería le había causado una indigestión, y no volvió a probar un dulce mientras vivió. «No te arrepientas tarde».



Don Juan Tenorio y Don Luis Mejía  
F. G. S.  
Diez años.



Es Pinocho campeón y excelente corredor.



Y jugando al balompié, hace los goals a granel.



Si se pone a boxear, siempre le da por ganar.



Es un as de la aviación volando en hidroavión.



Y no digamos, lector, cómo maneja el volante.



El record del mundo bate sobre una «Thomann» flamante.



Y aquí tienes, Pinochista a Pinocho deportista.  
MANUEL ALPARES.

### El hijo del leñador.

I  
Allá en tiempo de la nana, había una familia de leñadores compuesta del padre, la madre y dos hijos.

Un día, al amanecer, salió Pepe —así se llamaba el mayor— a buscar zarzamoras por el bosque; pero con tan mala fortuna, que, después de haber andado toda la mañana, no encontró ni una sola para muestra.

Ya estaba en lo más emmarañado de la selva, cuando de repente le salió al encuentro una vieja desdentada y cheposa, que le dijo:

—Ven conmigo, que yo sé un sitio donde encontrarás todas las zarzamoras que se te antojen.

Pepe, sin desconfiar nada, la fué siguiendo; pero, cuando menos lo esperaba, la misteriosa vieja tocó un silbato, y una cuadrilla de bandidos, armados hasta los dientes, salió de las entrañas de la tierra, y el pobre muchacho se encontró en un santiamén atado de pies y manos y con los ojos vendados...

### II

Desconsoladísimo los padres de Pepe por la tardanza de su hijo, se decidieron al fin a enviar en su busca al más pequeño, llamado Luis. Recorrió el pobrecillo todo el bosque de punta a cabo, pero... ¡qué se le quiere! Parecía que la tierra se había tragado a su hermano.

Llorando volvía caminito de su casa, cuando un gruñido que salía de entre unas matas le dejó clavado en el suelo. Un oso apareció ante él, y acercándosele mansamente, le dijo:

—Ya sé por qué lloras. Vuélvete a tu casa tranquilo, que yo te devolveré a tu hermano sano y salvo.

Mientras tanto, el pobrecillo Pepe lloraba amargamente en una cueva, custodiado por dos bandidos. Estos, que no esperaban la visita del oso, apenas vieron aparecer al terrible animal, arrojaron sus armas al suelo y pusieron pies en Polvorosa, dejando abandonado a Pepe.

Llegóse a él la fiera, rompió sus ataduras a mordiscos y, después de dejarle en libertad, le dijo:

—Toma esta piel. Siempre que digas: «Piel del oso bienhechora, quiero pedirte un favor», aparecerá ante ti un genio y te concederá cuanto le pidas. Abur, hijo mío.

Cuando Pepe, después de haber corrido con todas sus fuerzas, llegó a su casa, la alegría de sus padres y de su hermano fué inmensa. Aprovechándose de la gracia que le había concedido el oso, pidió para sus padres una casita blanca, y para su hermano y para él la sabiduría, que vale mil veces más que todas las riquezas...

CLEMENTE CARTIER Y HOLYŠKI.



Curriñche.  
RAFAEL SERRANO  
Nueve años.



Paco Morronguía.  
R. S. MONTORO.



Un caserío.  
CARMENCITA VALDEPEÑAS.  
Nueve años.



Pinocho.  
A. COSPEDAL.



El pavo de Navidad.  
ANTONIO VELÁZQUEZ.  
Diez años.



Cervantes.  
MANUEL NIETO MOLINA,  
Diez años.

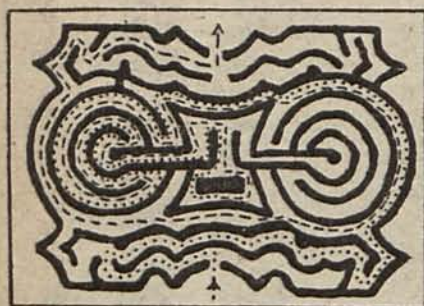
Cuando escribais a "Pinocho" no olvidéis firmar con los dos apellidos y poner vuestra dirección.



# SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE AGOSTO

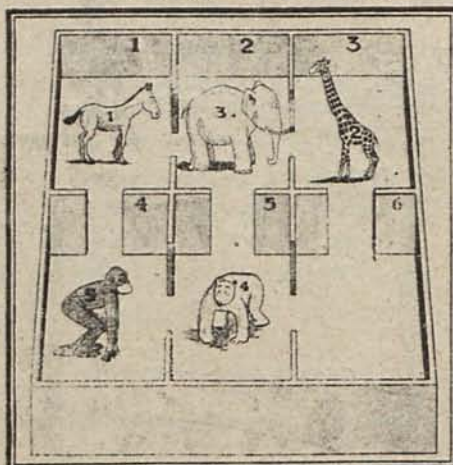
## NÚMEROS 76, 77, 78, 79 Y 80

### LABERINTO



Entrando por la parte inferior y siguiendo por la línea de puntos llegaremos al centro del laberinto. Para salir basta seguir la línea de rayitas.

### LA CASA DE FIERAS



Para que los animales vuelvan de nuevo a sus respectivos departamentos hay que cambiarlos por el orden que sigue: el oso, el elefante, la jirafa, el oso, el elefante, el mono, el caballo, la jirafa, el oso, el elefante, el mono, el oso, la jirafa, el caballo, el oso y el mono.

### ROMPECABEZAS



Como veis, combinando hábilmente las piezas diseminadas, obtenemos la artística cabeza de un piel roja.

### EN LA BARBERÍA



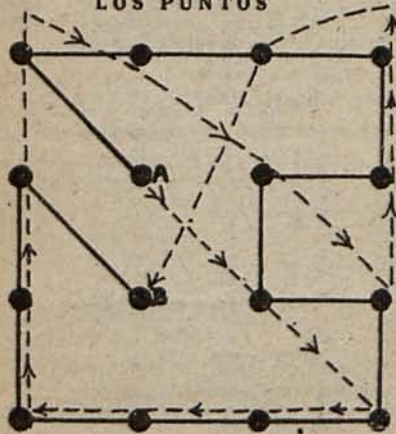
A la derecha, y juntas, aparecen las cabezas de dos cerdos, y la otra está debajo del cuello del cerdo que se está afeitando.

### ¿QUÉ ERRORES HAY?



1. En el torno, a la derecha, falta la correa de transmisión.—2. La sierra no tiene dientes.—3. La caja tiene una bisagra al costado.—4. En la llave inglesa falta el engranaje.—5. Las hojas de las tijeras deben cruzarse.—6. La llave de destornillar tiene uno de los mordientes redondo.—7. Una de las ruedas del torno, que está a la izquierda, es excéntrica.—8. Los alicates no pueden cerrar.—9. La carretilla no tiene pies.—10. El martillo está al revés.—11. Al tornillo de banco le falta la palanca.—12. El torno de la derecha tiene las patas sin sujetar con tornillo al suelo.

### LOS PUNTOS



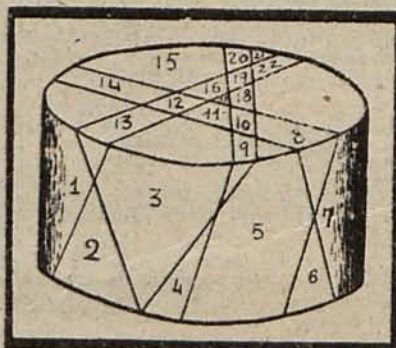
La solución se obtiene siguiendo la línea de puntos en la dirección señalada con las flechas.

### ROMPECABEZAS



Debajo de la rana se ve el ratón y el perro, y junto al ángulo inferior de la derecha está el gato.

### EL QUESO



Como veis por la numeración de los trozos, éstos son 22.

### ROMPECABEZAS



En el arbolito de la izquierda hay un perro. Sobre el tejado de la casa hay otro, y sobre el cerdito que asoma por la cerca está el otro. La viejecita está en la parte inferior del dibujo.

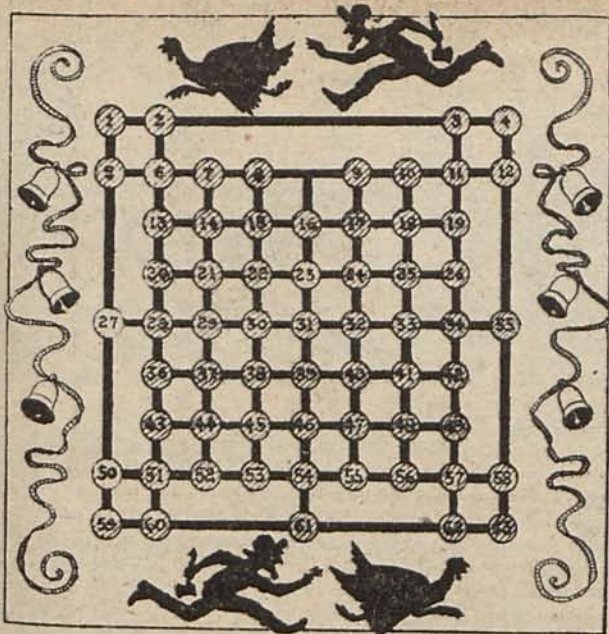
### ¿QUÉ ERRORES HAY?



1. Falta el cable del tranvía.—2. Faltan los rieles por delante.—3. El trolley va al revés.—4. El tranvía lleva dos números distintos.—5. El niño lleva dos patines diferentes.—6. El señor que lee lleva un guante con tres adornos negros y el otro con dos.—7. El bastón es muy corto.—8. La niña lleva las polainas abrochadas al mismo lado.—9. Al perro le falta un ojo.—10. El bolsillo de la americana del señor que lee está al lado contrario.—11. El anuncio dice bombones en vez de bombones.

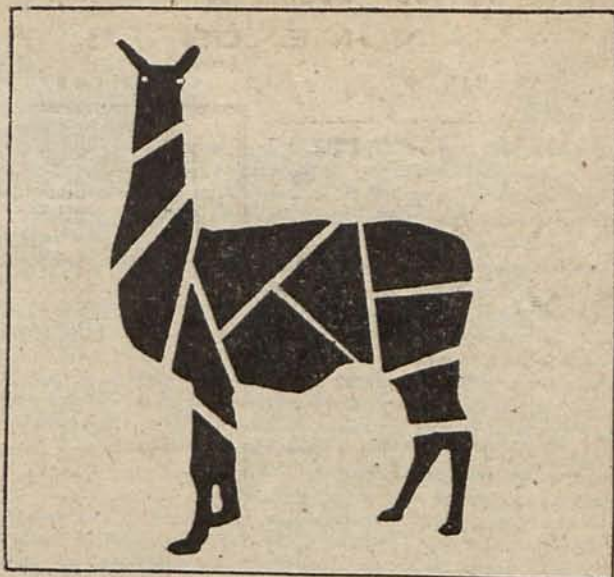


## LA MUERTE DEL PAVO



El recorrido que hizo el pavo fué el que sigue: Del número 51 al 13, 14, 7, 8, 15, 17, 9, 10, 41, 38, 30, 32, 24, 21, 44, 49, 3, 4, 63, 59, 1, 2 y terminó en el 6. El número de vuelos cortos y rectos fué el de 24.

## ROMPECABEZAS



Combinando las piezas en la forma que aparecen en este dibujo obtiéndose la perfecta silueta de un bonito gamo.

# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

## FALLO DEL JURADO

### PREMIOS

- Primer premio.**—Agustín Roca Marsal, Vitoria.  
**Segundo premio.**—Manolita Díez Salas, Madrid.  
**Tercer premio.**—Francisco Fernández, Madrid.  
**Cuarto premio.**—Luis Cañellas Frutos, Murcia.  
**Quinto premio.**—Isabelita Heredia, Zaragoza.

### ACCÉSITS CON DIPLOMA

Se conceden a los Pinochistas siguientes:

Federico Yuste, Madrid; Emilio Yuste, Madrid; Rosario Moretón, Valladolid; Fernando Barrigau, Segovia; Leónides Huertas, Madrid; Rosario Igual, Madrid; Ernesto Gómez, San Sebastián; Zoilo Quesada, Medina del Campo; Rosita Lapuente, Teruel; Bernardino Ochandarena, Madrid; Enrique Cifre, Huelva; Amalia Contry, Barcelona; Luis Prieto, Bilbao; Pablo Zornoza, Vitoria; Isaías del Hoyo, Madrid; Genaro Sanchis, Valencia; Josefina Cousiño, Lugo; José Raposo, Melilla; Jorge Medialdea, Madrid; Anacleto de la Torre, Sevilla; Pedro Sancha, Málaga.

Los premios consisten en libros de cuentos de Calleja. El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28.

Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato (para publicarlo en la Revista) y que acredite ser suscriptor, puesto que los no suscriptores quedan excluidos de premios en estos Concursos. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América), deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que le haya correspondido acreditando asimismo ser suscriptores, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premiado con accésit».

Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses para reclamar sus premios o sus diplomas.

### REGALO A LOS AMIGOS

Deseando EL GRAN CONSEJO PINOCHISTA dar una prueba de particular estimación a sus amigos premiados en este Concurso, autoriza a cada uno de ellos para regalar a un amigo o amiga suya un mes de suscripción de nuestro Semanario inmortal, colosal y sin igual. Para esto bastará que el Pinochista premiado nos envíe el nombre y dirección del amigo a quien desee hacer este regalo, y nosotros le serviremos gratis el Semanario durante un mes.

Si eres buen amigo de Pinocho envíale hoy este Boletín de Suscripción



D. ...., que vive en ..... (Población.)  
 (Calle.) ..... (Provincia o Estado.) se suscribe desde el próximo número a PINOCHO por (1) { UN AÑO  
 UN SEMESTRE } cuyo importe de { 20 pts.  
 UN TRIMESTRE } 10 pts.  
 5 pts.  
 remite a la Administración de PINOCHO en ..... (2),  
 (C. de Valencia, 28. Madrid.)  
 En ..... a ..... de ..... de 192...  
 (Población.)

FIRMA:

- (1) Bórrese lo que no convenga.  
 (2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero saber, amigo buho, cómo se fabrica el papel. Acabo de ver un camión cargado de trapos viejos y me han dicho que los llevaban a una fábrica de papel, ¿no me habrán engañado?

Yo no sé a qué sitio llevarían los trapos: pero desde luego es muy posible que los llevaran a donde te han dicho, porque con esos trapos se puede fabricar papel.

—Pues en eso estriba precisamente mi curiosidad, en saber cómo de un trapo viejo puede sacarse una hoja de papel.

—Para la fabricación del papel pueden emplearse tres primeras materias. La madera, el esparto y el trapo. La madera se corta en delgaditas láminas, que una vez machacadas y reducidas a pasta, se convierten en lo que se llama pulpa de madera. Lo mismo se hace con el esparto y con los trapos. Hay que reducirlos a pequeños trozos para machacarlos y hacerlos pulpa.

—Saldrá una pulpa muy sucia, ¿verdad?

—Desde luego; pero todas las operaciones que se van haciendo en el manejo de la pulpa tienden a limpiarla y a quitarle todas las impurezas. Primero se hacen pasar los trozos triturados por un potentísimo extractor de polvo y luego se lleva la pulpa a unas grandes calderas, donde se la hace hervir al vapor.

—¿Y en las calderas se hace blanca la pulpa?

—En las calderas no se hace blanca, pero se queda completamente limpia. La ebullición hace que se desprendan todas las partículas de suciedad que estén adheridas a la pulpa. De las calderas pasa a unos grandes depósitos donde se continúa el lavado. Una vez bien lavada la pasta, se la blanquea por medio de polvos de blanquear y se bate bien con el fin de que se vuelva espesa.

—¿Y si el papel ha de ser de color?

—Entonces hay que adicionarle polvos colorantes para darle el tono conveniente. A la vez se mezcla con una cola especial que hace que la pasta sea consistente. Después de hecha esta mezcla es cuando la pulpa queda ya convertida en la llamada pasta de papel.

—Hasta ahora, la fabricación me parece cosa sencilla.

—No es, desde luego, de las más complicadas; pero requiere mucha maquinaria y depósitos de gran capacidad, porque es un producto que hay que fabricarlo en enormes cantidades para obtener de él un enorme rendimiento económico. Una vez que la pasta ha adquirido la consistencia necesaria, vuelve a agitársela y a mezclarse con agua.

—Entonces perderá consistencia.

—Aunque pierde alguna, vuelve luego a recuperarla. Es preciso hacer todas estas operaciones para que la cola se disuelva bien y

forme una mezcla íntima con la pasta. Una vez conseguido esto, se la hace pasar por encima de unas extensas superficies de telas metálicas, por donde el agua que tiene la pasta va filtrándose, quedando ésta convertida en una gran lámina blanca casi seca.

—¿Y ya está hecho el papel?

—No; todavía no. Ahora la lámina de pasta vuelve otra vez a ser disuelta, agitada, encolada y escurrida a través de telas metálicas, y cuando está a punto de secarse se la hace pasar entre una serie de cilindros calientes que, a la vez que secan la pasta, hacen que ésta quede completamente consistente. Cuanto más pesados son estos cilindros, mayor es la presión.

—Y más delgado saldrá el papel ¿no es eso?

—Así es, querido Chonón. De estos cilindros sale el papel completamente terminado y se le enrolla en bobinas para su venta al comercio.

—¿Cabe mucho papel en esas bobinas?

—Mucho. Las hay que si las desenrollásemos como el hilo de un carrete, podríamos cubrir una distancia de diez kilómetros, y si este papel es de seda, aún pudiera duplicarse esta cifra.

—Es asombroso. Y dime, mi sabio buho, ¿también el papel de fumar, y el de barba, y el de cartas se fabrican del mismo modo?

—La fabricación es la misma. Sólo varía la selección de las primeras materias. Ya puedes comprender que el esparto no puede dar un papel de clase tan buena como el hilo o la madera. Además, cuanto más cuidada sea la elaboración, mejor será el papel. Si comparas un trozo de papel de estraza con uno de barba de buena calidad, notarás una gran diferencia.

—Ya lo creo. En el papel de estraza se ven trozos de esparto, hielas, fragmentos de cosas que parecen paja. En cambio, el papel de barba da gusto verlo; tan blanco, tan terso, tan limpio.

—Pero has de tener en cuenta que hay que fabricar papel para todos los usos. Ni es propio envolver las cosas en papel de escribir, ni tampoco sería acertado escribir en papel de estraza. Cada clase de papel sirve para el uso a que por su calidad está destinado.

—Tienes razón. Y ahora quiero preguntarte una cosa. ¿Para qué compran también el papel viejo?

—Pues para fabricar con él papel nuevo.

—Veo que todo es aprovechable en el papel; hasta lo que se tira.

—Así es en efecto. Lo que tú tiras como último desperdicio, lo que tú consideras como cosa inservible y vieja, es para el fabricante de papel una primera materia para la elaboración de un papel nuevo.

¿Quieres saber algo más?

—Por hoy nada más.

## VIDA PINOCHISTA

### PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



**Jaime Quiroga y Esteban Collante.**  
Tercer premio del segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.  
Un estupendo baúl con su muñeca y equipo completo.



**Alfredo Alvarez Pikman.**  
Sexto premio del segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.  
Una preciosa pluma stilográfica.



**José Vigil Escalera.**  
Segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.  
Un lote de libros.



**Federico Carmona.**  
Concurso de dibujos del mes de Julio.  
Diploma de Honor.



**Antofila Campoamor.**  
Segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.  
Un lote de libros.

## LOS REGALOS DE MARZO

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de Marzo, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a D. Luis Contarini.—Madrid.**  
**Segundo premio. . . 15 pesetas en libros, a la Srta. Conchita Gutiérrez.—La Roda (Sevilla).**  
**Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a la Srta. Agustina Romero.—Gallur (Zaragoza).**  
**Cuarto premio. . . 6 pesetas en libros, a la Srta. Carmina Balsera.—Avilés (Oviedo).**  
**Quinto premio. . . 4 pesetas en libros, a D. Nicolás Claramunt.—Madrid.**

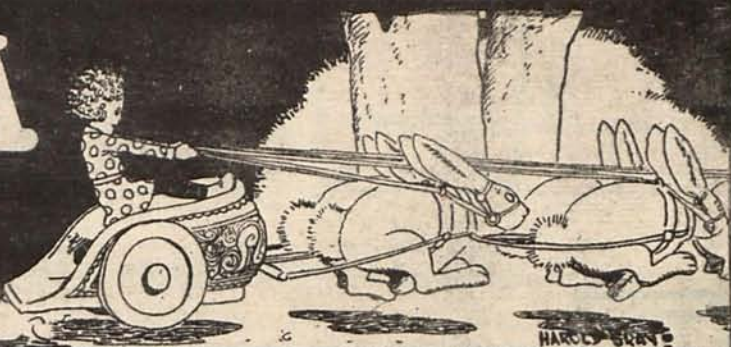
En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), dentro de los tres meses siguientes a la publicación de este número, indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.



# ANITA

## BUEN-CORAZON



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)



# Así EMPIEZA PINOCHO DOMADOR

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA' CHAPETE, que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.)

I

PINOCHO QUIERE SER DOMADOR — PRIMEROS ENSAYOS



PINOCHO fué una noche al circo. Porque a Pinocho le gustaba el circo de una manera extraordinaria, a pesar de los malos recuerdos que tenía de cuando fué pollino.

Aquella noche había función de gala, y nuestro muñeco se divirtió lo indecible. ¡Con qué ganas se reía de las ocurrencias de los clowns y de los tontos! Los acróbatas le llenaron de admiración con sus saltos y sus equilibrios. La amazona le gustó tanto, que estuvo a punto de enamorarse de ella; y un chinito que sacaba peces de una chistera, hacía desaparecer un hombre a la vista del público y convertía un gallo en acordeón, le dejó maravillado.

Pero lo que más le llamó la atención fué un domador de perros. ¡Hay que ver las cosas que aquel señor había conseguido enseñar a los animalitos! Había perro que saltaba a la comba y pedía «tocino»; los había que cantaban el coro de «Hugonotes», que adivinaban el porvenir, que representaban comedias... ¡qué sé yo!

Aquello impresionó tanto a Pinocho, que se pasó toda la noche sin pegar ojo, pensando que el ser domador era, sin duda alguna, cosa muy importante.

Al amanecer se quedó dormido; pero su sueño fué agitado y lleno de pesadillas, en las que un león pasaba por un aro, una foca hacía juegos malabares, una ballena bailaba un rigodón, un elefante hacía encaje de bolillos, una jirafa tocaba la ocarina y un oso polar cantaba unas malagueñas.

Cuando se despertó, lo primero que hizo, después de lavarse, fué tomar una resolución: la de hacerse domador.

—Pero, ¿domador de qué? —se preguntaba, mientras mojaba bizcochos en el chocolate.

Porque ya comprenderéis que Pinocho no se resignaba a ser un domador vulgar. Necesitaba sobresalir, como siempre, entre todos. ¡Dios mío! ¿Qué domaría él?

Preocupado con esta idea, se pasó siete días y siete noches sin probar bocado y sin lograr conciliar el sueño.

Abstraído con su preocupación, se paseaba por las calles de la ciudad, expuesto mil veces a ser atropellado por un auto: tal era su distracción. Hasta que un día oyó que una señora decía a otra con aire consternado: «Mi hijo me tiene loca; no hay quien haga carrera de él, tiene un carácter indomable».

Al oír estas palabras, Pinocho se dió un golpe en la frente y exclamó:

—Ya está, lo encontré. Seré el domador más estupendo que ha existido; voy a domar el carácter.

Y siguió monologando así:

—Eso es: seré el domador del carácter. Esto sí que es importante y extraordinario. ¿Que un bicho es cobarde? Pues yo le haré que sea valiente. ¿Que el tigre es feroz? Pues yo haré que sea tierno como un cordero. Desde hoy todo bicho que encuentre cambiará de manera de ser y de este modo arreglaré tantas desigualdades e injusticias como se ven.

Y decidido a llevar a cabo su genial idea, Pinocho se dedicó a estudiar el medio de conseguir lo que se proponía.

Revolvió libros de todas clases: egipcios, griegos, indios, ¡hasta chinos! Lee que te lee estuvo no sé cuánto tiempo, hasta que se convenció que ya tenía el secreto para domar el carácter.

El primer ensayo lo hizo con su portera, que se llamaba la señora Damiana.

La señora Damiana tenía un carácter tan infernal que no había quien la aguantase, y no me dejará mentir su pobre marido el señor Dimas, que además de ser zapatero remendón era un bendito. El pobre hombre era un mártir por los tratos que le daba su media naranja, que en este caso más bien parecía medio limón.

Un día en que la señora Damiana se hallaba en el portal, Pinocho se acercó a ella, la miró profundamente a los ojos, y dijo esta palabra china: —*Ru fu-ja ja-ké ké* (lo que quiere decir, según Confucio: —*Haz lo que te mando*). Y añadió: —*Sé amable*.

La señora Damiana se estremeció, y agitó la escoba que tenía en una mano y los zorros que tenía en la otra. En su rostro, chato y bigotudo, se dibujó una dulce sonrisa.

En aquel momento entraba un caballero en el portal y preguntó:

—¿El señor González?

Y ante el asombro de cuantos escuchaban, la señora Damiana contestó inclinándose graciosamente:

—Segundo izquierda; pero tengo el sentimiento de comunicar al señor que el señor González no está en casa hasta las cuatro. Se me traspasa el corazón de pensar que el señor ha hecho un viaje inútilmente.

A la señora Damiana la tuvieron quince días en observación.

Pinocho, completamente satisfecho del resultado de la prueba,

decidió salir a utilizar su descubrimiento. Pero antes se mandó hacer unas tarjetas que decían:

PINOCHO  
DOMADOR DEL CARÁCTER

MADRID

II

EN LA SELVA



u Majestad el león había pasado la noche en un rugido. Tenía un dolor de muelas que le hacía sufrir horriblemente. Así es que, al apuntar el día, salió de su caverna real con un humor de mil demonios.

—¡Ay del que me encuentre en el camino! —decía agitando la melena y echando lumbre por los ojos.

—Además, tengo hambre—. Y bostezó, abriendo su enorme boca y enseñando una fila de dientes que metía miedo.

A su paso, todos los habitantes de la selva se escondían asustados, mientras decían: «Menudo geniecito lleva hoy S. M.».

Las hembras se apresuraban a ocultar sus crías, temerosas de algún desaguisado. Y es que el león infundía verdadero terror.

—¿Pero es que no voy a encontrar hoy con quien desayunarme? —decía el soberano, entre rugido y rugido, mientras revolvía su cabezota en busca de alguna presa. De pronto vió que a no mucha distancia había un ser extraño.

—Vamos, hombre, ya tengo mi almuerzo —se dijo S. M. con satisfacción—. ¿Pero qué clase de bicho será éste? El que el león tomaba por un bicho era Pinocho.

Pinocho había visto venir a la fiera y la esperaba tranquilamente, dispuesto a empezar sus experiencias de domador.

Naturalmente, el león se abalanzó hacia Pinocho, y cuando ya abría la boca para tragárselo, nuestro muñeco fijó su penetrante mirada en él y exclamó: —*Ru fu-ja ja-ké ké*. Quiero que te vuelvas cobarde como un ratón.

En el momento sintió S. M. que le entraba una cosa desconocida en el cuerpo. Se apagó el brillo de su mirada y empezó a temblar como un azogado.

A pocos pasos, y escondido detrás de unas matas, un conejillo daba diente con diente, muerto de miedo. Pero a pesar de que se ocultaba cuidadosamente, Pinocho le había visto. Se dirigió a él y, mirándole fijamente, repitió la misteriosa palabra, añadiendo: —*Quiero que seas valiente y feroz como un tigre*.

Al oír aquellas palabras, el conejillo pegó un salto y salió de entre las matas que le ocultaban. Sus ojos echaban lumbre y sus orejas estaban más tiesas que un palo.

Al verle, el león lanzó un quejido de dolor y echó a correr como un desesperado. El conejillo le perseguía encarnizadamente.

Su Majestad atravesó toda la selva, huyendo de su implacable perseguidor. Así llegó hasta su caverna, en la que se precipitó como un loco, cerrándola y atrancándola con una enorme piedra. Luego cayó desmayado al suelo. S. M. la leona, al ver a su dueño y señor en aquel estado, se quedó como quien ve visiones; y los principitos cachorros, que estaban haciendo gimnasia sueca para fortalecerse, empezaron a lanzar aullidos de dolor, porque creían que algún monstruo venía contra ellos. No de otro modo se concebía que el rey de los animales temblase y huyese de aquella manera.

Las consecuencias fueron terribles.

Todos los animales de la selva habían visto huir a su rey ante un vil gazapo. Y, naturalmente, todos empezaron a murmurar; y como ninguno se resignaba a tener un rey tan cobarde, acordaron por unanimidad destituirle. Su Majestad, enterado de todas aquellas cosas y no pudiendo resistir la vergüenza de verse despreciado, salió una noche de la caverna y se alejó de sus dominios vertiendo lágrimas amargas. Como comprendió que no servía para nada, se vino a vivir a la Casa de Fieras.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO, DOMADOR y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.

